

alma fiel, que, desconfiando de sí propia y convencida de su debilidad y de su nada, implora su auxilio, y pone en él toda su confianza.

En estos trance, las gracias comunes no bastan; se necesitan luces y auxilios extraordinarios; y por esto, el profeta une el don de consejo y el de fortaleza, el uno para iluminar el entendimiento, y el otro para fortalecer el corazón.

El principal objeto del don de fuerza se dirige al espíritu, de donde destierra todos los temores humanos, poniendo en la voluntad una firmeza divina, que da valor al alma. Por ese espíritu de fuerza, Nuestro Señor en la agonía del huerto de Getsemani, venció el temor de su pasión y de su muerte, y levantándose de la oración, abrasado de celo, dijo a sus discípulos: Levantaos; ya está cerca el que me ha de entregar.

«Ese espíritu hacia, que los santos no temiesen peligro alguno, cuando se trataba de cumplir los designios de Dios y procurar su gloria. San Juan Crisóstomo no temía las cadenas, ni el destierro, ni la muerte; no temía sino el pecado. San Francisco Javier escribe en una carta, «que el remedio más seguro en los peligros en que se corre riesgo de la vida, consiste en no temer nada y apoyarse en la confianza en Dios; y que el mayor mal que puede sucedernos, consiste en temer á los enemigos de Dios.» (¿No es esta la plaga moral de nuestra época? ¿no es este el fruto del respeto humano?)

«El vicio contrario al don de fortaleza, es la timidez ó el temor humano, y cierta cobardía natural, que procede del amor de nuestra propia excelencia, y del amor de nuestras comodidades, las que nos detienen en nuestras empresas, y hacen que huyamos á la vista de la abyección y de las penalidades..... Mil temores nos detienen á cada momento; tenemos demasiadas miras humanas, y todo nos dá miedo: Convenida que imitémos á los santos, y no temiésemos nada el mundo, sino el ofender á Dios.» (El P. Lallemand.)

«El don de fortaleza nos hace valerosos é invencibles, hasta el punto de que nada nos asombra ni puede conmovernos; pero también cuando nos falta, somos débiles, cobardes y fáciles de vencer. Entónces lo tememos todo, y la menor cosa es capaz de perturbarnos y echarnos por tierra. Con ese don, las cañas se convierten en columnas.

Tales fueron las Inés, Agata, Filomena, simples mugeres, jóvenes delicadas, tiernos niños en presencia del fuego, de las ruedas dentadas, de los potros, de las uñas de hierro, y del furor de los tiranos; sin esos don, las columnas se vuelven cañas, como le sucedió al Príncipe de los apóstoles: después de haber recibido de su divino Maestro tan señalados favores, tantas pruebas especiales de amistad, después de haberle prometido tan solemnemente ir con él á la cárcel y á la muerte, se le vió temblar á la voz de una criada, negar á su Maestro, no ante un tribunal, sino en presencia de los criados del Pontífice, y afirmar con juramento, que nunca le había conocido.

«Sea cual fuere la debilidad natural del hombre, si es fortalecido por este don, es capaz de resistir á todos los tormentos. Testigo este cristiano, de quien se hace mérito en la Iglesia del Japon: hombre de compleción delicadísima y muy sensible, temía vivamente los suplicios de la persecución, y en particular el tormento del fuego. Para prepararse á ello y, en cierto modo, acostumbrarse, se ensayaba en acercarse á un fuego vivísimo, y en resistir su ardor; pero apenas sentía las primeras impresiones, se retiraba inmediatamente; su débil valor se negaba á sobrellevar este tormento. Desconfiando entónces de poder conservarse fiel á Dios, si llegaba á ser cogido, se entregaba á una profunda tristeza, creyendo que, obligado de esta suerte por la violencia de los tormentos á renunciar á la fe, se condenaría inevitablemente. En medio de sus angustias, Dios se dignó consolarle; hizo que otro cristiano le aconsejase, que no se dejara amilanar de este modo; que sería mártir, y que lo sería por medio del fuego; que Dios le daría entónces un valor tal, que resistiría este suplicio con constancia; y así sucedió. Cogido por los perseguidores, y entregado al tormento del fuego, sobrellevó las llamas con una fuerza de alma que nunca había conocido, pero que le recibía del Espíritu Santo, que moraba en él.» (El P. Crasse).

Tales son las grandes cosas que el don de fortaleza hace emprender y resistir á las almas justas; y con ese indomable valor y esa paciencia á toda prueba, con esa fuerza de alma invencible, las conserva en la mas profunda humildad: ellas no se atribuyen la

gloria ni las alabanzas, sino que las refieren todas á Dios, manantial único del don que las produce. Una luz celestial les muestra, que todo su valor y su firmeza les vienen únicamente de Dios; y como el joven mártir de Lampsaque, que tendido sobre la rueda, mientras los verdugos le descoyuntaban el cuerpo y le rompían los huesos, sentía aumentarse su valor con los tormentos, esas almas justas exclaman: Os doy gracias, Señor Jesucristo; vos me habeis dado hasta ahora paciencia; dignaos comunicarme la fuerza necesaria para triunfar completamente de mis enemigos.

«Puesto que ese don es tan necesario y tan excelente, debemos hacer todos los esfuerzos posibles para adquirirlo en alto grado. Hé aquí algunos medios para obtener este don precioso. El primero, consiste en pedirlo cada día con insistencia; el segundo, es participar dignamente del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, pues por este divino sacramento, nos unimos al que es Fuerte por excelencia. La Eucaristía se llama el pan de los fuertes. Los mártires de los primeros siglos se alimentaban cada día con este divino pan para fortalecerse, é iban al suplicio como leones invencibles. «San Lorenzo, dice san Agustín, durante sus crueles padecimientos y su larga agonía en unas parrillas candentes, no sentía el ardor del fuego, porque se había saciado en el sagrado banquete, se había nutrido con este celestial alimento, se había embriagado en este divino cáliz.»

«El tercer medio, consiste en acostumbrarnos á vencer cada día pequeñas contradicciones, á hacernos violencia para reprimir nuestras pasiones, para destruir nuestros malos hábitos. Dedicuémosnos á practicar en todo la virtud de la paciencia, á estar con mayor atención en nuestras oraciones, á tener mayor recogimiento durante el día, á pensar más en la presencia de Dios, y á dedicarnos más á complacerle. Ejercitémos en la mortificación; sepamos callarnos una palabra que tendríamos ganas de pronunciar, á privarnos de mirar un objeto agradable ó curioso que se presenta, cerrar nuestros oídos á una noticia inútil, sobrellevar en silencio un carácter antipático, una mirada desdeñosa, una palabra pidiendo; aceptar una cosa que contraria nuestros designios, nuestros gustos, nuestras ideas; y esto sin permitirnos observaciones

ni murmuraciones: todas estas pequeñas victorias y otras semejantes, son otras tantas disposiciones á una abundante efusión del don de fortaleza. Nadie llega á capitán ni á general de un ejército, sin haber sido subalterno. En la milicia cristiana ha de encontrarse por los grados inferiores, ántes de subir á mas elevada categoría.

«En este punto fallamos con mucha frecuencia; desconfiando de hacer lo que está en nuestro poder, quisiéramos hacer lo que es superior á él: quisiéramos derribar á un gigante, sin haber probado ántes nuestras fuerzas, y sin haber manejado la espada contra un hombre de nuestra misma talla. Cuando háyamos atacado y sometido nuestras pasiones, se nos dará fuerza para mayores combates.» (Los siete dones del Espíritu Santo, por el P. Belot.)

Sor Natividad, que había recibido del cielo todas sus luces, insiste varias veces en sus revelaciones, en la necesidad de evitar con el mayor cuidado toda relajación y tibieza. Y dice: «Sucede, que una pequeña infidelidad, si no se toman precauciones, determina casi necesariamente otra infidelidad mayor, y de esta suerte se va decayendo por grados. Se pasa de la tibieza á la infidelidad, de la falta leve á la falta grave, del pecado venial al pecado mortal; y después se contrae el hábito del pecado; el hábito produce la obcecación del entendimiento, la dureza del corazón, y con frecuencia llega á consumir la reprobación.... El origen de las caídas más vergonzosas y más dolorosas se encuentra en las faltas que el mundo (siempre tan obcecado) califica de escrúpulos, de pequenezes, de bagatelas, por ejemplo, en una pequeña negligencia, una falta de precaución, una mirada..... La caída en el cisma y la herejía puede muchas veces tener su origen en la tibieza y en faltas leves. (Revelaciones).

Mons. de Segur, en uno de sus últimos opúsculos, ha destinado un capítulo especial á tratar el modo con que se ha de sobrellevar la ruda prueba de la persecución. Transcribiremos aquí los párrafos principales. Hay en esas breves páginas avisos excelentes, que todos podemos meditar con verdadero provecho. «Para realizar su obra, dice el piadoso prelado, el gran Perseguidor; es decir el demonio, se sirve de los perseguidores; con más frecuencia se sirve de los que gobiernan, trastornándoles la ca-

beza, haciéndoles publicar pretendidas leyes, y poniendo en su boca seductorales palabras: *Razon de Estado, necesidades publicas, el bien de la patria, reforma de los abusos, represion del fanatismo y de la reaccion, y otras mentiras de esta clase.* ¿No estamos oyendo cada dia estas palabras?

«No nos hagamos ilusiones; la persecucion está llamando continuamente á nuestras puertas. Desde Lutero y Calvino, desde Voltaire y Robespierre, podemos decir, como no se ha dormido. Ruge sordamente, como un volcan, y de cuando en cuando estalla. Estemos siempre dispuestos, pues nadie sabe el dia ni la hora.»

Y desde luego, no nos sorprendamos si vemos que se nos calumnia y se trata de ponernos fuera de la ley. «No extrañéis, dice Jesucristo, si el mundo os odia. ¿No me ha odiado á mi ántes que á todos? Os odio porque sois mis discípulos. El discípulo no ha de ser más que el Maestro: á mi me persiguieron; á vosotros os perseguirán tambien. Pero no los temáis; no temáis á los que no matan sino el cuerpo, y no pueden hacer más que esto. No temáis, vosotros, pequeño rebaño, pues al Padre celestial le ha parecido bien daros su reino. Tened confianza; yo he vencido al mundo.»

En la tierra la persecucion es el pan cotidiano de la Iglesia. En cierto sentido, es buena señal ser odiado y perseguido por los malos. San Jerónimo escribía en otro tiempo á san Agustín: «El mundo entero celebra vuestro valor; los católicos os admiran y os acatan como á defensor de la fe; y lo que todavía es más glorioso, todos los herejes os detestan.»

Si nos reniéramos con los malos, ya no se cebarían con nosotros. Jesucristo vive en nosotros, y por ser sus miembros terrestres, el demonio y sus cómplices nos persiguen. ¿No es glorioso sufrir de este modo por la verdad y por la justicia? No perdamos de vista esta idea cuando la persecucion se ceba con nosotros. Más que nunca, conservémosnos firmemente adictos á Jesucristo, siguiendo una vida muy santa, muy pura, y dedicándonos continuamente á la oracion. «Velad y orad, nos dice, para que no caigais en la tentacion.» Por no haber orado bastante, los apóstoles abandonaron á su Maestro en los momentos de la Pasion. Por lo tanto, cuando la persecucion amenaza, y más aún, cuando

se ceba con nosotros, oremos más que de ordinario, y acerquémonos con más frecuencia y con mayor espíritu de santidad á los sacramentos de la Iglesia, manantial de toda fuerza.

Si los perseguidores nos quitan nuestros haberes, no nos desconsolemos: no pueden arrebatarnos nuestro verdadero tesoro, que es Jesucristo. Si ponen mano en nosotros, no olvidemos, que sus predecesores del Huerto de los Olivos y del Pretorio, hicieron otro tanto y mucho más con Nuestro Señor. Guardemos silencio, y padezcamos con él. Todos los tiros que se nos dirijan, son otros tantos rayos de gloria.

Si nos ponen en la cárcel, entremos en ella, permanezcamos en ella tranquilamente con el más amable de los compañeros, con Jesús, encerrado tambien en las cárceles, donde, durante la noche anterior al viernes santo, fué entregado á merced de los soldados judíos, solo, abandonado de los hombres. Jesús descendiéndo á las cárceles y á los calabozos con sus fieles servidores. *Cum ipso sum in tribulatione..... descenditque cum illo in foveam.*

Si nos destierran, si nos deportan, vamos en compañía de Jesucristo. Para un cristiano, la verdadera patria está en todas partes; pues, como decía san Agustín, «Jesucristo es la patria y la habitacion de nuestra alma.»

Por último, si nos acusan de crímenes imaginarios; si nos condenan á muerte, porque pertenecemos á Jesucristo, porque queremos permanecer fieles á su Vicario y á su Iglesia, porque detestamos sus impiedades y sus leyes sacrílegas, ¡ah! tengamos bastante fe para dar gracias á Dios, que nos juzga dignos de padecer y morir por él. Padezcamos y muramos con Nuestro Salvador, como él, por amor de él. Todo esto no dura más que un breve tiempo, y la recompensa es eterna.

La fe transforma al hombre más débil en un héroe. La fe, la fe viva y ardiente es la que hace á los mártires. Pidámosla humildemente á Jesucristo, Autor y Consumador de nuestra fe, como los santos mártires se la pedían; nos la concederá. Esta fe profesaban y confesaban de antemano todos los que, desde los primeros tiempos, vivieron y murieron por el verdadero Dios. Por la fe, dice el Apóstol San Pablo, vencieron á los reyes, desafiaron las fauces de los leo-

nes, apagaron el ardor del fuego, y enmohecieron el filo de la espada. Débiles, triunfaron; se hicieron héroes en la lucha. Los unos, vieron desoyuntados sus miembros, no queriendo rescatar su vida en este mundo, á fin de hacerse dignos de una resurreccion mejor; otros, hicieron frente á los insultos y á los golpes, á las cadenas y á las cárceles; fueron apedreados, fueron aserrados, fueron puestos á prueba en los tormentos; murieron al filo de la espada. Se vieron obligados á huir, despojados de todo, reducidos á la miseria, en medio de angustias, y de la afliccion más amarga, ellos, de quienes el mundo no era digno. Andaban errantes por los desiertos, se ocultaban en los montes, en subterráneos y en las cavernas de la tierra. Y nosotros, nosotros, que tenemos á la vista una tan grande y espléndida nube de mártires, pisoteemos el pecado que nos rodea, y corramos armados con la paciencia al combate que se nos presenta. ¡Jesús peleará con nosotros, como combatió con ellos; procuremos solamente serle fieles, fieles en vida y en muerte.

En todo lo que concierne á la pureza de la fe, permanezcamos humildemente unidos al Papa, Doctor infalible de la Iglesia; creamos lo que enseña; rechacemos lo que condena; no oigamos á ninguno de los que quisieran formar partido separado, aún cuando sea un eclesiástico ó un obispo. Y sobre todo, en los tiempos de perturbaciones, de desquiciamiento, de persecucion, es preciso que permanezcamos adictos al Vicario de Jesucristo, por medio de la mas perfecta obediencia.

Oremos; é imitemos el valor de aquel generoso católico, que escribía en otro tiempo, en los peores dias de la Revolucion de 1870, y á la vista de los blasfemos triunfantes: «Yo prometo, y juro, y me obligo delante de Dios y de los hombres, á reconocer siempre la autoridad del Papa, á obedecerle siempre, á creer lo que enseña, á desaprobar lo que condena, absolutamente, con arreglo á su doctrina infalible, que ha sido, es y será para mi, hasta mi postrer suspiro, la doctrina del mismo Dios.»

En fin, no olvidemos las reglas prácticas que sobre esto nos da Nuestro Señor en su Evangelio:

«Ved que os envio como corderos en medio de los lobos. Sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas.

No os fieis de los hombres, pues os entregarán á sus conciliábulos; y en sus reuniones os maltratarán; y por mi causa seréis llevados ante sus gobernadores y sus tribunales. Cuando os entreguen de este modo, no os inquietéis de antemano de lo que podréis responderles; lo que convendrá decir, os será inspirado en el preciso momento; pues no seréis vosotros los que hablareis entonces, sino que hablará por vosotros el Espíritu de vuestro Padre celestial. Y seréis odiados de todos por causa de mi nombre; y el que perseverará hasta el fin, se salvará.

«Cuando os persigan en un punto, huid á otro. No los temáis.... Todos los cabellos de vuestra cabeza están contados, y no caerá uno siquiera sin quererlo vuestro Padre celestial.

«Por lo tanto, todo el que me confesará delante de los hombres, yo le reconoceré á mi vez delante de mi Padre que está en los cielos; y al contrario; al que me negará delante de los hombres, yo le negaré tambien delante de mi Padre que está en los cielos.

«El que no acepte su cruz y quiera seguirme, no es digno de mí. El que busca medio de conservar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mi causa, la recobrará.»

Tales son las palabras del Maestro. Grábemoslas profundamente, en nuestra memoria y en nuestro corazon. Ellas forman á los mártires. Y Jesucristo añadia: «Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Si; vosotros sois bienaventurados, cuando los hombres os maldicen, y cuando os persiguen; y cuando por mi causa, dicen contra vosotros mentiras é injurias. Bienaventurados los que ahora llorais, porque algun dia os alegrareis. Bienaventurados seréis cuando, á causa del Hijo del hombre, los hombres os odiarán, cuando os rechazarán y os colmarán de ultrajes, rechazando vuestro nombre como maldito. Alegraos entonces, y saltad de júbilo, pues os está reservada en el cielo una magnífica recompensa.»

«Padecer y morir por Jesucristo, dice al final Mons. de Segur, es el destino mas elevado que acá en la tierra puede haberle á un cristiano. Si se presenta ocasion de recoger esta palma, no la dejemos escapar. (A los que padecen, por Mons. de Segur).

El más bello ejemplo de constancia, y de fuerza, que se ha dado á los fieles contemplar en la terrible crisis que atraviesa ahora la Iglesia, consiste, en ver á su Cabeza augusta y venerable, al Vicario de Jesucristo, al oráculo de la verdad en la tierra, á la más alta magestad del mundo, despojado de todo prestigio, sin poder humano que le proteja, abandonado de todas las naciones católicas, y que, sin embargo, permanece invencible en la defensa del derecho, sin temer nada, sin dejarse impresionar por temor alguno, ni por amenaza alguna. Es la Cabeza de la Iglesia, cuida con celo de todas las Iglesias, lleva el peso del mundo. Es ray, es Vicario de Jesucristo, y no está seguro de tener mañana un sitio en donde descansar su cabeza, un asilo en donde pueda encontrar abrigo á su ancianidad. Pero, en esta situación tan dolorosa, no flaquea, no transige con el error, que condena y que reprueba; no sacrifica ninguno de los principios sagrados que Dios le tiene encargado predicar á los hombres; no tiembla, ni vacila; no se le ve flaquear en medio de los gritos de sus enemigos, que le amenazan; da el ejemplo á toda la grey. Dios le ha revestido de la virtud de la fortaleza y lo sustentará hasta el fin de la lucha. El santo Pontífice lo ha dicho; está dispuesto á dar su vida por la santa causa de la Iglesia (1).

(1) Estos eran también los sentimientos del abate Pablo Seigneret, seminarista de San Sulpicio, preso con los rehenes, en la cárcel de Mazas. «Por nuestra parte podemos estar perfectamente tranquilo, escribía á su venerado Superior; aquí los días se suceden como verdaderos días de fiesta, sin cansancio ni tristeza.... El porvenir, sea cual fuere, se nos presenta bajo las más felices apariencias.... Para nosotros, la *Commune*, sin que ella lo sospeche, nos ha dado júbilo de esperanza con sus amenazas. ¿Será posible, que al término de nuestra vida, Dios nos haya separado de los demás, y que fuésemos dignos de ofrecerle este testimonio de sangre más fecundo que el trabajo de mil vidas? ¡Feliz el día en que veremos esto, si alguna vez llega á suceder! Yo no puedo pensar en ello sin que me vengan las lágrimas á los ojos.... Estamos aquí en la cárcel de los reos; yo bendigo á Dios por ello, con toda mi alma. Todo me sale á pedir de

Y también hemos visto en nuestro siglo, renovarse, entre nuestros santos misioneros y las cristiandades nacientes del extremo Oriente, todas las maravillas de los tiempos heroicos de la primitiva Iglesia. Los cristianos semi-salvajes de esas comarcas, al recibir el bautismo, quedan armados para el combate; saben que han de estar dispuestos en todo tiempo á aceptar el martirio. Todavía nos estremecemos al pensar en los potros, en los hierros candentes, en las uñas de hierro, y en los mil tormentos que inventó la barbarie romana; no podemos recordar sin horror esos crueles espectáculos, en que los verdugos rasgaban las carnes, arrancaban las entrañas de sus víctimas vivientes, y arrojaban en lechos de cascotes de barro y vidrio sus miembros mutilados y sangrientos. Ahora se reproducen esos horrores. Para los tribunales bárbaros, á donde se presentan nuestros cristianos, las varas y los látigos son instrumentos por demás suaves de tortura; golpes asestados á las pantorrillas y á los muslos harán brotar la sangre y destrozarán la carne; los verdugos golpearán, hasta que los huesos se queden en descubierto y á la vista; y ni aún se contentarán con esto: se colgará á la víctima por los brazos, y se la golpeará, hasta que la espuma que salga por su boca, y el color livido que cubre sus miembros, advierta al magistrado, que ya es hora de descolgarle para aplicarle otros tormentos; pues hay en ellos una variedad, que revela la inventiva de los verdugos de la Corea.... Se han visto tiranos que han rasgado con sierras las carnes de sus víctimas; y verdugos, armados de pinzas é instrumentos cortantes, pelizcar las carnes palpitantes de los pacientes.

Las víctimas sangrientas, desgarradas y mutiladas eran llevadas, después de largas horas de tormento, á cárceles infectas en donde les esperaban espantosos tormentos. Apenas se atreve uno á levantar una punta

boca; yo había pedido tantas veces, que si había de venirle á uno algún infortunio, me viniese á mí. Porque como estoy viendo cumplirse mi deseo. *Seria difícil decirlos la fiesta que estoy celebrando. Recito el Te-Deum de la mañana á la noche....* Espero ser el último en salir de la cárcel; y si se necesitan víctimas, espero ser de las primeras.

del velo que ocultaba las dolorosas escenas, que fueron, sin duda, la admiración de los ángeles y la desesperación del infierno. Los infelices prisioneros, mejor diríamos, los bienaventurados confesores de la fe, son tendidos en espacios estrechos, en una especie de lecho, que no se renueva jamás. La sangre y el pus que salen de las grandes llagas de su cuerpo, mezclándose con toda clase de inmundicias, convierten en breve su lecho de dolor en un repugnante muladar. La calentura consume sus miembros, y, vivos, se corrompen en su negra y hedionda estancia. El hambre viene á añadir sus angustias á todos estos males; y lo que es más horroroso, no vacian en alimentarse con los gusanos que recogen á puñados en sus cuerpos. Verdad es, que algunos acudían á este horrible medio de prolongar sus padecimientos, porque estaban en la falsa opinión, de que morir, no hejo el arma del verdugo, sino en la cárcel, no era martirio. Querían vivir bastante tiempo para obtener esta corona. ¡Admirables cristianos, que tenían bien merecido el elogio que san Pablo dirigía á los cristianos de los primeros tiempos: «Han sido cruelmente atormentados, porque no han querido rescatar su vida presente, á fin de encontrar en la resurrección otra mejor. Han sufrido las burlas y los azotes, las cadenas y las cárceles. Han sido apedreados; han sido aserrados; han sido sometidos á duras pruebas, y han muerto al filo de la espada.... Hombres admirables, de quienes el mundo no era digno!» (Epístola á los hebreos). Muchas veces los confesores de la fe eran visitados en sus cárceles por los ángeles, que curaban sus heridas, como le sucedió al venerable Chappelaíne.

.... Tales han sido tantos cristianos de la China, del imperio de Annan, de Corea, del Japon: eran ignorantes, según el mundo; no tenían otra ciencia que las primeras nociones de la religión cristiana. Esos ejemplos recientes, pero tan admirables, nos recuerdan la frase de uno de los más grandes doctores de la Iglesia. Los pequeños, los humildes, los ignorantes aspiran al cielo, y ganan allí las más bellas coronas; y nosotros, con toda nuestra supuesta ciencia humana, nos perdemos!...

XXI.—Breve duración del furor revolucionario.

Los excesos de la revolución triunfante serán de breve duración, según las revelaciones particulares. «Este tiempo será breve, dice la profecía de Balaam; si fuese largo, nadie resistiría.» Ese horrible período será de breve duración, asegura el P. Neckton. «El período de todas esas calamidades no pasará de tres meses,» afirma la Religiosa trapense. De una de las más santas almas contemporáneas se dice, que predijo para la revolución ochenta días de triunfo.

«Cuanto más propagado y universal sea el triunfo del mal, decía recientemente el P. Ramiere, será más breve; será un diluvio, y acaso un diluvio de sangre; pero después que habra acabado su obra providencial de expiación, y de purificación, no tardará en reaparecer el arco iris, y comenzará una nueva era.»—Eh el propio sentido se expresan las revelaciones de Melania.

XXII.—Crisis final, ántes del próximo triunfo de la Iglesia;—idea del Juicio final.

En los males que nos amenazan, como diremos más adelante, veremos varios señales extraordinarios: serán como los señales precursores del juicio final. Algunos han aparecido en la resurrección particulares —que son por cierto numerosas—hablan de un golpe providencial, de una gran castigo, que alcanzará á todos los malos, cuando éstos habrán hecho expiar bastante á la sociedad sus crímenes, bajo la vara de hierro de su gobierno tiránico. Hemos visto ya, que la Beata Francisca de las Cinco llagas, la venerable Madre Venerini, el P. Ciauti, y otros, anuncian, ántes de la época del triunfo, un gran castigo, que reducirá á la nada todos los proyectos de los impíos. Si; esos grandes culpables sufrirán, en momentos determinados, un castigo providencial; su sentencia está pronunciada en los Libros Santos: «Su muerte será detestable.» *Mors peccatorum pessima*. El Padre Santo, con motivo de inaugurar la Cuaresma de 1871, pronunció estas notables palabras: «Seremos sin duda glorificados por una venganza digna de Dios, sea por la conversión admirable, sea por el terrible castigo de sus enemigos.» Algunos meses más tarde, decía: «Dios se dispone para

realizar, en el momento que ha escogido, un gran prodigio que llenará de asombro al mundo.... Una mano humana es impotente para salvar el mundo; es preciso que la mano de Dios se manifieste visiblemente; y es lo digo (al llegar á este punto, parecia como que su tono era inspirado): *Venimos esta mano divina con nuestros propios ojos.*» Esto es hablar clara y categoricamente.

Es indudable, que las oraciones de los santos son utilísimas á los pecadores y agradables á Dios. «El Señor, dice san Alfonso, se queja de sus servidores, que no le ruegan por los pecadores; esto manifestó un día á santa Magdalena de Pazzi, diciéndole: —Mira, hija mia, como los cristianos están en manos del demonio; si mis escogidos no le librasen con sus oraciones, serian presa suya.—Pero esta obra de caridad Dios la espera especialmente de los eclesiásticos y de los religiosos, instituidos principalmente para apaciguar á Dios con respecto á los pecadores.» Pues bien; ya lo hemos visto; la Santísima Virgen se queja, de una parte, de que los ministros del Santuario, unos por sus prevaricaciones, otros por su tibieza, son impotentes para apaciguar á Dios y obtener la conversion de tantos pecadores; y de otra parte, santo Tomás, san Alfonso de Ligorio y otros santos Doctores, y tambien muchos teólogos enseñan, que Dios oye con mucho gusto las oraciones que se hacen para la conversion de los pecadores; pero hablan del pecador, que no está resuelto á permanecer en el pecado hasta la muerte, pues, en este caso, el pecador, poniendo un obstáculo positivo á su conversion, necesitará una gracia muy extraordinaria. En cuanto á los pecadores, que no son culpables de tan extrema malicia, el Apóstol promete su conversion al que ruega por ellos: *Petati et dabitur ei vita peccantis.* (San Alfonso; *Obras ascéticas*, tom. II, pág. 59). «Arrancar un alma del poder del demonio, decia el santo parroco de Ars, es más agradable al buen Dios, que todos los sacrificios.... Puede uno ofrecerse como víctima durante ocho ó quince dias para la conversion de los pecadores.» ¡Ah! exclamaba en cierta ocasion; las gentes del mundo están ciegas. Si Nuestro Señor hiciese ahora todos los milagros que obró en Judea, no creerian en ellos... ¡Qué bello, qué grande es dedicar á Dios la juventud! Siguen despues los que se dedican á Dios en lo me-

yor de la edad. Estos pueden todavía convertirse sinceramente, y ser buenos y fieles servidores... Pero esos pobres pecadores endurecidos, que pasan toda su vida apartados de Dios, y que esperan á dejar el pecado, cuando el pecado los dejó á ellos: ¡oh! es preciso compadecerlos. Cuando se han pasado años y años en el mal, cuando uno se ha arrastrado por el fango del pecado, se necesita un milagro para salir de ese estado.»

Un dia se recomendó la conversion de una persona orgullosa á Sor Margarita del Santísimo Sacramento; y contestó: «Se necesitan la caridad y la clemencia de mi Esposo para esa alma. *Nada puedo hacer por ella;* el orgullo se ha apoderado de su corazón; las almas soberbias son las fortalezas de Satanás. Cuando este monstruo se ha atrincherao en estas almas, es difícil sacarle de alli.»

En la vida de Isabel Canori Mora, se lee, que Nuestro Señor hizo ver á su fiel sierva su justicia irritada, la que será inexorable con los sectarios que persiguen la religion con obstinacion y malicia; pues habiendo implorado Isabel su bondad misericordiosa en favor de esos infelices, no fué atendida sino en favor de dos jóvenes, que se habian dejado arrastrar por esos enemigos sistemáticos, y que habian pedido ellos mismos el auxilio de sus oraciones dirigidas á Nuestro Señor y á su Santísima Madre.

Por las citas precedentes se ve, que los pecadores endurecidos, y principalmente los blasfemos, es difícil que obtengan gracia en presencia de Dios; rara vez se convierten. Pues bien; el mal dominante en nuestra época, es el espíritu de orgullo y de rebeldia contra Dios, contra la Iglesia de Jesucristo. Este pecado es el más enorme de todos y el que más aleja de Dios, el que le es más directamente opuesto, y el que más impide que su misericordia se incline hacia nosotros. Este espíritu infernal está en todas partes, en los libros de historia, de literatura y de filosofía; en las novelas, en los periódicos y en las conversaciones. ¿Quién es capaz de enumerar las blasfemias que se cometen cada dia? ¿no son acaso innumerables? Pero lo que las hace más terribles, más graves y peligrosas, es, que ese crimen, que, segun acabamos de decir, es execrable y abominable delante de Dios, se propaga á todas las clases de la sociedad; y ha pasado al estado normal. Parece que á Dios, para vindicar su gloria, no le queda ya más me-

do sino el de armarse de sus rayos, y lanzarlos sobre la gran masa de los prevaricadores. Despues de las revelaciones de la Madre de Dios á Melania, varias voces autorizadas nos anuncian, que la gran mayoría de los malos perecerán heridos súbitamente por la justicia divina. 1.º El venerable Holzhauser, tiene sin duda á la vista este gran castigo, cuando dice: «Se está haciendo un cambio sorprendente por la mano de Dios Omnipotente, tal, que nadie puede humanamente preverlo.» Este cambio, esta conversion general, será, probablemente, la consecuencia del castigo, que destruirá á todos los sectarios y á los impíos. Y en otra parte dice Holzhauser: *En el momento en que toda la naturaleza podrá creer que va á perecer el mundo,* habrá un cambio sorprendente, que nadie hubiera podido prever, y un príncipe de una nobilísima familia de Alemania se levantará bajo la protección de Dios.»

2.º Sor Natividad predijo tambien, que la revolucion hará en todas partes, y por mucho tiempo, terribles estragos en la Iglesia; y que Dios, despues de esperar muchos años, derribará y aniquilará completamente la revolucion. Nuestro Señor hizo ver á la Sor la revolucion; bajo la figura de un árbol prodigiosamente corpulento y elevado. «Este árbol, dice, estaba sujeto á la tierra por medio de cuatro enormes raíces, que penetraban á tal profundidad en el suelo, que no parecia sino que sacaba su vigor de la malicia diabólica del infierno, segun me dijo el espíritu del Señor: debajo las ramas del árbol habia una grande y hermosa iglesia. El árbol maldito se inclinaba sobre ella, como para aplastarla y destruirla. El Espíritu del Señor me dijo, que nada debía temer por su Iglesia; que la sostendrá hasta la consumacion de los siglos... Toda la Iglesia está mano á la obra para destruir ese árbol maldito; se quisiera arrancarlo de raíz; pero yo no lo quiero. Los fieles me instan con sus oraciones y con sus gemidos. Sus lágrimas impresionan mi corazón, y serán atendidas. Yo anticiparé el tiempo en que ese árbol será arrancado; pero es mi voluntad, que no sea cortado sino á flor de tierra. *Quando sen hora, lo derribaré por medio de un milagro de mi gracia.* Sin mi, los hombres nada pueden hacer.

Veo en Dios de que modo la persecucion se ha propagado mucho. Pero Dios es admirable; saca su gloria hasta de la maldad del

impío. Veo en la luz del Señor, que la fe y la santa Religion se debilitaban casi en todos los reinos cristianos. Dios ha permitido, que hayan recibido algunos golpes de la vara del impío para despertarlos de su morador; y despues que su justicia quedará satisfecha, *detendrá de repente á ese fuerte armado por Satanás, y derribará ese árbol maldito más pronto, que el joven David derribó al gigante Goliath.* Todos los infelices pueblos cansados saltarán de júbilo.... Nuestra Madre, la Santa Iglesia, se propagará á diferentes reinos, y hasta á países en que, desde siglos, no existia.»

3.º Vendrá un tiempo en que todo andará en tanto desconcierto en la tierra, que se creerá, que Dios ha abandonado por completo á los hombres á su sentido réprobo, y que la divina Providencia no se cuida del mundo. En una palabra, el desorden será tan completo, que no se reconocerá nada. Se formarán en Francia dos partidos, que se harán una guerra á muerte. El uno será mucho más numeroso que el otro; pero triunfará el más débil. Entonces habrá un momento tan terrible, que se creará llegado el fin del mundo. Correrá la sangre en varias grandes poblaciones; los elementos andarán revueltos. *Vendrá á ser en pequeño como un juicio final.*... Morirá en esta catástrofe una gran multitud; pero los malos no prevalecerán. Ellos tendrán intencion de destruir por completo la Iglesia; pero no se les dará tiempo para ello, pues este horrible periodo será de breve duracion.... Entonces, el triunfo de la Iglesia será tal, que no se habrá conocido otro igual. Será el último triunfo de la Iglesia en la tierra.... Cuando vendrá el momento de la última crisis, no habrá más que hacer sino permanecer en donde Dios nos habrá colocado, encerrarnos y recogeros en nuestro interior, y orar mientras que *pasa la cólera y la justicia de Dios.*» (Nektou).

Sobre el mismo tema dice lo siguiente Sor Maria Ana de Blois: «Habrá un gran combate entre los buenos y los malos: será cosa espantosa. Siendo los buenos ménos en número, se verán momentáneamente próximos á ser vencidos; pero, ¡oh poder de Dios! todos los malos perecerán, y con ellos, muchos buenos!!! En una relacion particular se lee lo siguiente: «Un castigo del cielo destruirá á todos los enemigos.» Esto es lo que la Sor llamaba el *gran golpe*. Este

último momento será tan terrible, que lo compra a la Pasión, para manifestar más claramente cuán terrible será.

«Habrá, dice más adelante, una noche, durante la que nadie dormirá.»

La piadosa Sor ha hablado de una tempestad, que sobrepujará á todas las proporciones conocidas. Esa tempestad será espantosa, y se parecerá, en pequeño, á un juicio final.

«Habrá cosas tales, que los más incrédulos se verán obligados á decir: *El dedo de Dios está ahí!*» (Véase la profecía de Blois, por el abate Richaudeau).

La Religiosa trapense, muerta en 1828, refiere en los siguientes términos el gran combate entre los buenos y los malos, y las circunstancias que los acompañan: «Oí muchas voces, que gritaban de un modo horrible; y en aquel momento, me creí medio muerta. Pero más miedo tuve cuando oí distintamente por tres veces las mismas voces, que decían: *Somos vencedores; la victoria es nuestra.* En el momento en que las voces pronunciaban estas palabras, de repente ví que el cielo quedaba sumido en una oscuridad profunda. Esta oscuridad vino acompañada de un trueno, o mejor, me parecía que el trueno procedía á la vez de las cuatro partes del mundo. Me es imposible describirlos cual fué mi terror; el cielo parecía ser todo de fuego; por todas partes despedía flechas encendidas; *hacia un rumor tan terrible, que parecía anunciar la total ruina del mundo.* El trueno seguía rugiendo de un modo espantoso, cuando oí una voz que me dijo: «No temas: mis iras descargarán sobre los que han excitado mis enojos; *desaparecerán en un momento.*»—Tres ó cuatro años antes, la misma Religiosa había tenido ya una vision análoga: «Entonces se dió (entre los dos partidos) un gran combate, pero, tan violento, que no se había visto jamás otro análogo; la sangre corría como cuando la lluvia arrecia, especialmente desde el Mediodía al Norte (de Francia), pues el Oeste me pareció más tranquilo. Los malos querían exterminar á todos los ministros de Jesucristo, y á todos los amigos de la legitimidad. Habían dado muerte á un crecido número, y ya daban por conseguida la victoria, cuando los buenos fueron reanimados por un auxilio celestial, y los malos fueron derrotados y confundidos.... El tiempo de la gran crisis en que los buenos triunfarán,

solo será momentáneo.... La mayor parte de los malos perecerán en el gran combate; y los que habrán sobrevivido, estarán tan espantados del castigo de los demás, que no podrán menos de reconocer en ello el dedo de Dios, y admirar su omnipotencia: algunos se convertirán.»

Catalina Emmerich, entrevió tambien en lo porvenir (4) el gran combate y la gran crisis que la Iglesia había de sufrir. «Vi como la *Hija del Rey* fué armada para el combate. Era imposible contar el número de los que contribuyeron á su equipo; consistía en oraciones, buenas obras, mortificaciones y penalidades de toda clase. De mano en mano, esas armas espirituales llegaban hasta el cielo, en donde cada obra meritória era transformada, según su naturaleza, y era un arma de guerra para la casta *desposada* de Jesucristo. La *Hija del Rey* se encontró armada de pies á cabeza. Me eran conocidos muchos de los que por este medio acudieron en su auxilio; así fué, que yo no acertaba á volver de mi asombro, al ver que Institutos religiosos enteros, personajes importantes, y hombres sabios, no habían proporcionado auxilio alguno, mientras que los pobres y los pequeños habían ofrecido por sí solos armaduras completas.

»La Iglesia de san Pedro se me apareció con su elevada cúpula. El arcángel san Miguel estaba encima de la Basílica, rodeado de rayos luminosos, cubierto de púrpura de

(4) «Vi, dice, á la *Hija del Rey* de reyes, acosada y perseguida. Lloraba amargamente por esas luchas sangrientas y mortales, y buscaba una generacion fuerte y casta, que acudiese á sostenerla en el combate. No perdonaré fatiga alguna por ella.... Le rogaré, que derrame sus tesoros principalmente sobre los eclesiásticos: sí; me dijo; tengo grandes tesoros, pero los pisotean.... Al propio tiempo, mi guía me avisaba, que rogase y excitase cuanto pudiese á los demás, á que rogasen por los pecadores, y principalmente por los sacerdotes infieles á su vocacion.» «Teneis, me dijo, dias malos que temer. Los disidentes seducirán á muchas almas, y se esforzarán por mil medios en quitar toda autoridad á la Iglesia. De aquí resultará una gran perturbacion.»

color de sangre, y empuñando el estandarte de los combates. Al propio tiempo se daba en la tierra una gran batalla. Los *Verdes* y los *Azules* combatian contra los *Biancos*, y éstos parecian completamente perdidos. La Iglesia estaba cubierta de púrpura como el Angel. «Será *lavada con sangre*,» se me dijo entonces. Sin embargo, á proporcion que la lucha se prolongaba, la sangre iba desapareciendo de encima de la Iglesia, que aparecía cada vez más radiante. Por fin, el Angel bajó á la arena, poniéndose de parte de los *Biancos*, en donde se multiplicaba al frente de todos los batallones. Al mismo tiempo, sin que pudiesen darse razon de ello, un valor admirable reanímó su ardor; el arcángel san Miguel derrotaba personalmente á los enemigos, y en un instante se convirtió aquello en una derrota general. Los *Biancos* triunfaban en toda la linea. Antes de concluir la accion, se habian ido pasando á su parte grupos enemigos, y luego se les pasó un número mucho mayor. Habian intervenido en el combate y en crecido número los santos del cielo; desde la region aérea en que permanecian, animados del mismo espíritu, multiplicaban las señales y los ademanes, tendiendo todos al mismo objeto por medios diferentes.»

En otra vision entrevió tambien la gran lucha entre los buenos y los malos. Y dice: «Presenció la batalla. Las fuerzas enemigas eran innumerables; sin embargo, el pequeño grupo de los combatientes leales exterminó batallones enteros.... Los combatientes que tomaban parte en la lucha, se parecían por completo á nuestros soldados de ahora. Se hacian una guerra encarnizada; al fin, no quedó más que un puñado de valientes; eran hombres de gran cordura; y la victoria fué suya.»

Hé aquí un extracto de las profecias del abate Souffran, párroco de Maumussou (diócesis de Nantes), que murió en 1825.

«La República será proclamada; pero, durará poco. Entonces oiréis varios gritos: los tres dominantes serán: ¡Viva la República! ¡Viva Napoleón! y el último de todos será: ¡Viva el Gran Monarca que Dios nos reserva!... Antes del Gran Monarca, han de ocurrir terribles infortunios. La sangre correrá á torrentes en el Norte y en el Mediodía; el Oeste se librará de ellos por razon de su fe. Pero la sangre correrá de tal modo en el Norte y Mediodía, que la vea

correr como la lluvia en dia de gran tempestad; y veo, que los caballos están metidos en sangre hasta el vientre.... Entonces, entre el grito: *Todo está perdido, y Todo está salvado*, no habrá, por decirlo así, intervalo.

«Algun tiempo antes de esta restauracion, será preciso sostener una guerra extranjera; para esto se hará una guerra leve de hombres; irán á la guerra todos los de diez y ocho á treinta años.» Ocupados en esa guerra extrajera todas las fuerzas del gobierno, el interior de la Francia se sublevará. La crisis civil irá dirigida principalmente contra la Religion.... El choque será terrible. Del Mediodía al Norte habrá lucha durante algunas semanas; y durante los últimos quince dias, la lucha será de dia y de noche. Sin embargo, la crisis no será larga; pero perecerán mas hombres en este breve periodo de tiempo que en 1793.... Y esa crisis se dejará sentir principalmente en las grandes poblaciones. Viendo las potencias este desórden en Francia, se armarán, no en favor de la legitimidad, sino con objeto de repartirse la Francia, pues la Inglaterra hará traicion. El emperador de Rusia llegará hasta el Rhin; allí le detendrá una mano invisible; él reconocerá el dedo de Dios, y se hará católico.

«En aquel momento se creará todo perdido, y todo estará ganado, pues todos se volverán hacia Dios, no esperando sino de El su auxilio.—*El cielo se declarará en favor de Francia*; obtendrá la victoria; pero ésta se atribuirá al Señor, y no á los hombres. *La cosa será tan sorprendente, que el mas ignorante creerá que aquello ha sido un milagro.* Y entonces tendrá efecto la Restauracion.»

XXIII.—*Vision de Isabel Canori-Mora, y diferentes predicciones de los castigos reservados á los enemigos de Dios.*

«Hemos visto, dice la redaccion de los *Anales de la Santidad en el siglo XIX*, un gran número de visiones; pero ninguna hemos encontrado, que encierre una doctrina tan útil, tan oportuna, y que tanto convenga meditarla. Parece escrita para los tiempos en que vivimos.... Lo que debemos considerar con atencion, es el modo de que Dios se valdrá para castigar á los malos. Nosotros no conocemos libros, ni visiones, que

digan claramente, de que modo el Altísimo procederá a exterminar á los enemigos de su nombre.... Magnífica ocasion tienen aqui nuestros lectores, para saber lo que buscarán inútilmente en otra parte. Mas de quince años há, estamos ocupándonos en estudios profundos, sobre el modo con que el Omnipotente castigará á los que trabajan para la destruccion de la Iglesia, y nunca hemos encontrado una doctrina y unas explicaciones tan luminosas.»

La ilustre sierva de Dios refiere lo que le fué dado ver. «En 1820, dia de la festividad de San Pedro, miétras que yo rogaba por las necesidades de la Iglesia, y por la conversion de los pecadores, entre los que ocupó yo el primer lugar, fui arrebatada al cielo, y colocada cerca de Dios. Allí recibí la dulce impresion de la caridad divina.... Vi abrirse el cielo y descender con magestad el principe de los Apóstoles, acompañado de una multitud de espíritus celestiales, que cantaban himnos de alabanza. El glorioso Apóstol estaba revestido con hábitos pontificales, y en la mano llevaba un báculo, con el que trazó en la tierra una gran cruz. En tanto que trazaba esta cruz, le rodeaban los ángeles, que cantaban en su honor las palabras del Salmo: *Constituit eos principes super omnem terram*; los constituiréis principes en toda la tierra.... Y despues, apoyó su báculo en los cuatro puntos extremos de la cruz, y al mismo tiempo brotaron de allí cuatro árboles magníficos, que producian flores y frutos preciosísimos. Esos árboles misteriosos tenían tambien la forma de una cruz, y estaban rodeados de una luz viva. El bienaventurado Apóstol se fué luego despues á abrir las puertas de los conventos. Esos árboles habian de servir de lugar de refugio al reducido rebaño de Jesucristo, y preservar á los buenos cristianos del terrible castigo, que será un trastorno general del mundo. Todos los fieles que habrán conservado en su corazón la fe de Jesucristo, así como los religiosos y las religiosas que habrán conservado fielmente el espíritu de su Instituto, estarán todos guardados debajo de esos árboles, y se librarán del terrible castigo. Pero ¡ay de los religiosos y de las religiosas que no observen sus reglas!.... Y ¡ay de los sacerdotes indignos, y de todos los seglares, que se entregan al libertinaje y siguen las falsas máximas de la filosofía moderna, condenadas por

la Iglesia; como contrarias á los preceptos del Evangelio! Por su conducta detestable, esos miserables, negando la fe de Jesucristo, perecerán bajo el peso del brazo exterminador de la justicia de Dios, de la que nadie se librará.

«Y cuando todos los buenos cristianos estaban recogidos debajo de los árboles misteriosos, los vi como retozones rebaños confiados á la vigilancia de San Pedro, su pastor, y profesándole la más humilde submission y la más respetuosa obediencia. Tan pronto como el santo Apóstol hubo puesto en salvo la grey de Jesucristo, se volvió á los cielos, acompañado de los ángeles. Y apenas hubieron desaparecido, cuando el cielo se cubrió de nubes tan sombrías y tan densas, que era imposible mirarlo sin estremecimiento. De repente se aúden un viento fuerte y furioso, cuyo silbar se parecia á los rugidos de un leon enfurecido. El terror y el espanto se difundieron entre los hombres y hasta entre los animales; el eco de ese rumor espantoso resonaba por toda la tierra.

«Todos los hombres estarán en revolucion; se matarán unos á otros, y se degollarán sin piedad. Durante esta sangrienta pelea, la mano vengadora de Dios estará sobre esos desgraciados, y con su poder castigará el orgullo y la temeridad. Se servirá del poder de las tinieblas para exterminar á esos hombres sectarios é impíos, que quisieran destruir la Santa Iglesia, y destruirla hasta en sus cimientos. Por su audaz malicia, esos hombres inlcuos pretendian quitar á Dios de su trono supremo; pero Dios se reirá de sus mañas, y á una señal de su mano todopoderosa, castigará á esos pérfidos y blasfemos, permitiendo que las potencias de las tinieblas salgan del infierno. Innumerables legiones de demonios recorrerán entonces el mundo, y causando grandes ruinas, cumplirán las órdenes de la justicia divina. Lo atacarán todo, y causarán daño en los hombres, en las propiedades, en las sustancias, en las ciudades, en los pueblos, en las casas, y no saldrá bien librada cosa alguna de las que hay en la tierra. Dios mandará imperiosamente á los demonios, que hagan una inexorable carnicería en todos los rebeldes que no temen ofenderle con osadía; permitirá que esos infelices, dominados por la perversidad, sean castigados por la crueldad de los demonios, y mueran de un modo trágico y bárbaro, porque se habrán

sometido voluntariamente al poder del infierno, y se habrán aliado con él para destruir á la santa Iglesia católica. (*Espiritismo*, pág. 35).

«A fin de que mi pobre espíritu quedase bien penetrado del sentimiento de la justicia divina, se me concedió ver, en el centro profundo de la tierra, una caverna tenebrosa y espantosa; la vi que se entreabria (1864), y, de en medio de las llamas, salian y se soltaban gran número de demonios; unos tomaron una figura, y otros otra; los unos tomaron apariencia de hombres, y otros la de animales, y se marcharon á infestar el mundo, no dejando en todas partes más que mortandad y ruinas. ¡Felices los buenos y fieles católicos! Podrán contar con la fiel proteccion de los santos apóstoles Pedro y Pablo, que velarán sobre ellos, á fin de que no se les cause daño alguno, ni en sus personas, ni en sus bienes. Dios es el Señor omnipotente y absoluto en el cielo y en la tierra; todos los poderes del abismo nada pueden sin su voluntad y su permiso. Permitirá á los espíritus malos que causen grandes ruinas; devastarán todos los lugares en que Dios habrá sido ultrajado, profanado, escarnecido; todos los lugares en que se habrán cometido sacrilegios, ó en los que se habrá dado culto al demonio: todos esos lugares serán destruidos, aislados, y no quedará resto alguno de los edificios que allí hubiese construidos.

«Despues de este terrible castigo, vi que de repente el cielo se iluminó. San Pedro bajó nuevamente, revestido de pontifical, acompañado de ángeles que cantaban himnos en honra suya, reconociéndole de esta suerte como Principe de los apóstoles. Vi despues bajar del cielo al apóstol san Pablo, que por orden de Dios recorrió el mundo, sujetó con cadenas á los demonios; y habiéndolos conducido en presencia de san Pedro, éste les mandó volver á sus antros tenebrosos de los que habian salido.

«Entonces se esparció sobre la tierra una bellísima luz, que anunciaba la reconciliacion de Dios con los hombres. Los ángeles condujeron ante el trono del Principe de los apóstoles al reducido rebaño, que se habia conservado fiel á Jesucristo. Esos buenos y fervorosos cristianos le presentaron sus homenajes y su veneracion; y bendiciendo á Dios, dieron gracias al Apóstol por haberlos librado de la ruina general, y haber

sostenido y conservado la Iglesia de Jesucristo, no permitiendo que fuese arrastrada por las falsas máximas del mundo. San Pedro escogió entonces al nuevo Pontífice. La Iglesia fué reconstituida; las Órdenes religiosas fueron restablecidas, y las casas particulares de los cristianos vinieron á parecerse á establecimientos religiosos; ¡tan grandes eran el fervor y el celo por la gloria de Dios!

«De este modo quedó realizado en un momento el brillante triunfo de la Iglesia católica. Era alabada, estimada y venerada por todos. Todos los disidentes se convirtian á la Iglesia, y reconocian al Sumo Pontífice como Vicario de Jesucristo.» (*Vida de Isabel Canori-Mora*, aprobada por el Maestro del Sacro Palacio).

Es indudable, según en *Anales de la santidad*, que vivimos en un tiempo, en que hemos de temer infortunios de toda clase; la revolucion suscitada por el infierno, amenaza envolvernos bajo los montones de ruinas que se propone causar. No hay en la tierra un hombre, que pueda estar seguro de que su fortuna se salve del naufragio; ninguno puede decir el punto del globo en que se detendrá la oleada de la revolucion. No hay seguridad para la vida, ni para la fortuna mueble ó inmueble.... Importa poco que se huya, pues el peligro podrá estar en el sitio en que se habrá buscado un refugio: lo esencial es ponerse bajo la defensa de los santos Angeles y dejarse guiar por su inspiracion.... El refugio podemos encontrarlo en cualquier lugar de la tierra, sin excepcion, donde Dios nos habrá colocado, y en donde seremos preservados, gracias á su intervencion.

Por lo tanto, de aqui puede inferirse, que no habrá victima alguna entre los buenos. Dios escoge con frecuencia entre ellos las victimas de agradable olor. Morir de este modo, es un inmenso mérito delante de Dios, y es procurarle la mayor gloria.

En cuanto al cielo, que se cubre de una inmensa nube oscura, espantosa; en cuanto á los mugidos del viento, que resuena por toda la tierra, acaso ha de entenderse en su significacion literal; acaso puede significar tambien la revolucion que estalla en todas partes. La tierra es sobrecogida de espanto al ver el triunfo de los malos, en que será pisoteado todo orden, y toda justicia.

En las revoluciones suelen aparecer hom-

bres incendiarios y de aspecto feróz; acaso son demonios, que han tomado forma humana para propagar el odio, las discordias, las guerras civiles; para inundar la tierra de sangre y llenar a horros de horrores y mortandad.

El número incalculable de víctimas que á los demonios se les permitirá sacrificar, tiene algo de tan desusado y extraordinario, que si no hubiese otro testimonio fuera del que acabamos de presentar, se podría, ya que no dudar, á lo ménos tratar de explicarlo como una figura; pero otras varias almas santas, hablan de ello en términos, que no permiten comprenderlo sino en sentido literal. Parece, pues, que estamos autorizados para creerlo así, mientras no tengamos una prueba en contrario. Por otra parte, si nos remontamos al siglo XIV, cuando la simonía y todos los desórdenes desolaban el santuario, veremos, que, según testimonio de los santos, nunca la depravación fué más general que en aquella época de la Iglesia. Dios, para castigar las abominaciones de los pueblos, envió entónces el más terrible castigo, que ha asolado la tierra desde el diluvio, la peste negra, que se propagó á la tercera parte de Europa. La justicia divina, ¿no puede ahora valerse de otro medio para castigar á tanto impío endurecido, á tanto sectario, y blasfemo, que no se conmueven ni convierten á la vista de los mas estupendos milagros?

Otra gran sierva de Dios, la venerable Ana María Taigi, conoció tambien por un medio sobrenatural, los castigos reservados á los hombres de nuestro tiempo, y el triunfo brillante de la Iglesia.

«Durante algunos dias, dice uno de sus historiadores; durante algunos dias consecutivos, vió estenderse sobre todo el mundo tinieblas sumamente densas, y luego desprenderse piedras y vigas, como si viniese abajo un grande edificio....» Es de presumir, que aquí se trata de tinieblas físicas. Mons. Natali, confesor de la venerable, consultado sobre este punto, por gran número de personas, dió á todas la seguridad de que las tinieblas durarán tres dias. Por lo demás, Ana María no ha sido la única que ha predicho este acontecimiento. Isabel Canori-Mora (como hemos dicho ántes) habla tambien de un tiempo en que dominarán densas tinieblas. Otra persona favorecida con dones sobrenaturales, la Rda. viuda Palma-María Maturalli, natural de Oria,

en la tierra de Labor, y de edad actualmente de cuarenta y siete años, ha coincidido con Ana María, en anunciar las tinieblas; habla de que el aire será inficionado por los demonios, y habla de cirios benditos como medio de preservación.

Hé aquí sobre los acontecimientos futuros, algunas otras predicciones atribuidas á la venerable Ana María, y que fueron recogidas por personas fidedignas:

«El Papa se verá reducido al extremo de no poseer ni aún su ciudad de Roma (1)... Los cadáveres de los hombres muertos en las inmediaciones de Roma serán tan numerosos, como los peces esparcidos por la ciudad, á consecuencia de un reciente desbordamiento del Tiber.... Todos los enemigos de la Iglesia, ocultos ó aparentes, perecerán durante las tinieblas (2), excepto algunos, que Dios convertirá poco despues.... El aire será entónces inficionado por los demonios, que se aparecerán bajo toda clase de formas repugnantes.... Los cirios benditos preservarán de la muerte, y tambien las oraciones dirigidas á la Santísima Virgen y á los Santos Angeles (3).—Des-

(1) Pio IX ha de ver como todos sus enemigos sucumben, unos despues de otros, y ha de presenciar el principio del triunfo de la Iglesia (M. Lataste). Cuando Pio IX estaba enfermo, y los revolucionarios anunciaban ya su muerte, dijo á un eminente Cardenal: «Tranquilízate á todos; no morirá hasta haber visto el triunfo de la Iglesia (1864).»

(2) Sin duda quiere hablar de las tinieblas pestilenciales el P. Leonardo, capuchino, cuando dice, reasumiendo as predicciones contemporáneas: «Va á venir una peste completamente extraordinaria; nunca la ha habido igual será sorprendente por su poca duracion, por el número y la clase de las victimas que arrebatará: se cebará principalmente, contra los que habrán pecado como los demonios.»

(3) El Ilmo. Sr. Obispo de Bayona ha aprobado esta oracion, que un alma privilegiada ha publicado, como inspirada por Maria, y dirigida á preservar de los males reservados al mundo culpable, á los fieles que la recitaren:

«Augusta Reina de los cielos, Soberana Señora de los Angeles, vos, que desde un

pues de las tinieblas, san Pedro y san Pablo, que habrán bajado del cielo, predicaran en todo el mundo, y designarán el Papa, que ha de suceder á Pio IX, *Lumen de Cielo*. Una gran luz, que despedirán dichos santos Apóstoles, se reflejará sobre el futuro Papa.....—San Miguel Arcangel, presentándose entónces en la tierra, bajo forma humana, tendra encadenado al demonio, hasta la época de la predicacion del Anticristo.....—En aquella sazón, la religion extenderá por todas partes su imperio: un *pastor*. Los rusos se convertirán, como tambien la Inglaterra y la China, y el pueblo estará lleno de júbilo contemplando este triunfo brillante de la Iglesia....—Despues de la venerable, alcanza hasta la venida del Anticristo. «Los (últimos) tiempos están próximos. Habrá todavía varios Papas; pero no vivirán mucho tiempo.» Esta palabra, *varios Papas*, significa, que este número será grande relativamente al poco tiempo que le queda á la Iglesia para completar sus destinos terrestres.

En cuanto á las grandes calamidades que nos anuncia Ana María, para un porvenir muy próximo; y en cuanto al brillante triunfo de la Iglesia y de su venerada Cabeza, puede decirse, que este es el objeto general y el fin comun de todas las profecias hechas en los presentes ó en anteriores dias sobre los tiempos actuales. Cada uno de los que han tenido visiones, ó en algunas circunstancias particulares; pero están todos acordes, en anunciar dos grandes hechos, primero, una revolucion universal, que será la impiedad más radical, la herejía más grave, y la persecucion mas terrible de todas cuantas se habrán conocido en la historia de la Iglesia; segundo, el triunfo más completo, el más universal que la Iglesia habrá obtenido en este mundo.

La Revolucion se cebará primeramente en Francia, que será como barrida y aniquilada; pero esta revolucion será destruida por sus propios adeptos, que, sin sospecharlo, ni preverlo, traerán de este modo el principio del triunfo de la Iglesia y de la salvacion de la sociedad civil.... Francia, la primera castigada por sus excesos, será tambien la primera en reponerse por una restauracion súbita y cómo milagrosa, bajo un rey cristianísimo. Según el venerable Holzhauser, ese gran monarca destruirá en todas partes el espíritu revolucionario.

«Quién como Dios?

Santos Angeles y Arcángeles, defendednos, guardadnos.

«Oh buena y tierna Madre! Vos sereis siempre nuestro amor y nuestra esperanza. Amen.»

dará, nombrará un rey cristianísimo, para ocupar el trono de Francia.

Mons. Barbier de Montault, camarero de Su Santidad Pio IX, refiere tambien una conversacion que él oyó, con motivo de hacer una visita á Mons. Natali, confesor de la venerable (25 Abril de 1869): «El emperador de Prusia subsistirá durante algun tiempo; las demás dinastías desaparecerán... Napoleón es la causa de todas las revoluciones.... La Italia devolverá al Papa todo lo que le haya tomado, y le será sumisa. Pio IX verá el triunfo de la Iglesia, que ha comenzado ya. El Papa está unido en espíritu con Ana María Taigi, que vela sobre él... Pio IX será un santo....» La profecía de la venerable, alcanza hasta la venida del Anticristo. «Los (últimos) tiempos están próximos. Habrá todavía varios Papas; pero no vivirán mucho tiempo.» Esta palabra, *varios Papas*, significa, que este número será grande relativamente al poco tiempo que le queda á la Iglesia para completar sus destinos terrestres.

En cuanto á las grandes calamidades que nos anuncia Ana María, para un porvenir muy próximo; y en cuanto al brillante triunfo de la Iglesia y de su venerada Cabeza, puede decirse, que este es el objeto general y el fin comun de todas las profecias hechas en los presentes ó en anteriores dias sobre los tiempos actuales. Cada uno de los que han tenido visiones, ó en algunas circunstancias particulares; pero están todos acordes, en anunciar dos grandes hechos, primero, una revolucion universal, que será la impiedad más radical, la herejía más grave, y la persecucion mas terrible de todas cuantas se habrán conocido en la historia de la Iglesia; segundo, el triunfo más completo, el más universal que la Iglesia habrá obtenido en este mundo.

La Revolucion se cebará primeramente en Francia, que será como barrida y aniquilada; pero esta revolucion será destruida por sus propios adeptos, que, sin sospecharlo, ni preverlo, traerán de este modo el principio del triunfo de la Iglesia y de la salvacion de la sociedad civil.... Francia, la primera castigada por sus excesos, será tambien la primera en reponerse por una restauracion súbita y cómo milagrosa, bajo un rey cristianísimo. Según el venerable Holzhauser, ese gran monarca destruirá en todas partes el espíritu revolucionario.

Sigamos citando las declaraciones de otras almas santas: «Eso castigos, dice una predicción, cuyo autor no es conocido, serán tan visibles, como los que alcanzaron á Farraon y á su pueblo.»

Hé aquí las amenazas y los castigos anunciados contra los malos á María Latate: «Yo me levantaré, le decía Nuestro Señor, contra esos soberbios pecadores; *haré rugir mi trueno sobre su cabeza, y mi rayo removerá la tierra debajo de sus pies*: iluminaré sus ojos con el resplandor de mis relámpagos, y los envolveré en la niebla impenetrable de mis nubes. De esta suerte sembraré entre ellos la consternación. Padre mio; si mi voz no es atendida entre los hombres, exterminad á todos los que viven y que tienen las manos manchadas con sangre, el corazón lleno de iniquidad, y el alma esclava de Satanás! Padre mio; creadme un pueblo nuevo, y haced que este pueblo glorifique vuestro nombre en el tiempo y en la eternidad.»

El Salvador parece aludir aquí al gran número de malos que perecerán, alcanzados por la mano de Dios, durante los acontecimientos, y á la renovación de todas las cosas, que ha de ser la consecuencia de aquello.

El santo párroco de Ara, parece que tambien tuvo conocimiento sobrenatural del gran castigo de que hablamos. «Este castigo no será largo, dice; se creará que todo está perdido, y el buen Dios lo salvará todo. *Esto será una señal del juicio final.*»

Se atribuyen, además, á la piadosa virgen Palma, la estigmatizada de Oria, las predicciones siguientes: «1.º La República será proclamada en Francia, en España, y en Italia, y tras de esta proclamación, vendrá la guerra civil; 2.º Amenaza á Luis Napoleón una triste muerte, lejos de las Tullerías; 3.º A los desórdenes de la revolución se unirán otros castigos, como la peste y el hambre; 4.º Señales extraordinarias aparecerán en el cielo; 5.º Para Francia predice una serie de infortunios más grandes y más terribles, que las desgracias por las que acabamos de pasar. Dios está irritado contra ese gobierno de protestantes, y especialmente contra..... el que deja en pié la estatua de Voltaire; 6.º Roma se verá sometida á especiales pruebas, y algunas dignatarios de la Iglesia serán inmolados en dicha ciudad por los malos; 7.º Pero en el mo-

mento en que los demócratas querrán apoderarse de la ciudad santa, (sin duda después de la caída del rey usurpador), serán detenidos en las puertas, y huirán espantados y barridos por el Angel exterminador, que en tiempo de los Judíos inmoló ciento ochenta y cinco mil hombres del ejército de Senaquerib; 8.º Densas tinieblas cubrirán la tierra; los cirios benditos servirán de preservativo contra sus malignas influencias; 9.º Por último, después de una guerra de muy corta duración, se hará la verdadera paz, y el Papa de la Concepcion Inmaculada verá el comienzo de un brillante triunfo para la Iglesia.»

La fe está tan debilitada, que parece necesario, aún bajo el punto de vista racional, que Dios ha de dar un gran golpe para despertarla. El materialismo ha invadido de tal suerte las masas, que ya es preciso que Dios sea afirmado de un modo más visible que el sol, para que los pueblos doblen la rodilla en su presencia. «Las potencias del infierno no prevalecerán jamás contra la Iglesia.» ¿Qué hará, pues, el Señor? Porque ello es preciso que obtenga la victoria..... Esperemos, pues, un golpe terrible, y preparémonos con tiempo para ser víctimas, y, sobre todo, víctimas santas. «Ese castigo será grande; será universal, nuevo, inaudito; nadie podrá evitarlo, ni aún huyendo, dice la bienaventurada Francisca de las Cinco llagas. Será un castigo del todo nuevo, y tal, que no se habrá conocido otro igual hasta entonces en el mundo. Se dejará sentir en toda la tierra, y será tan desastroso, que los que le sobrevivan, ocrearán ser los únicos que habrán sido perdonados; será un castigo instantáneo, momentáneo, pero terrible.» (Vida de la B., pág. 32, librería de Pólois-Grette).

Para terminar este tema, citemos algunas líneas de Melania, copiadas de sus cartas particulares. «Nuestra pobre Francia hará bien ahora en despertar su fe, golpearse el pecho, etc., si no quiere ser destruida por completo..... ¡Ah! Si no se quiere volver sinceramente á Dios, lo que ha sucedido, no es todavía nada, nada, nada.» (Carta del 23 de unio de 1874). «La Francia no quiere ver el dedo de Dios; no quiere humillarse; debe esperar, pues, que será humillada. — «Me decís, que es para mi una dicha saber lo que ha de ocurrirle á nuestra pobre Francia. Alegraos de no saberlo.»

{Carta del 20 de noviembre 1870}. «De-seais saber algo (de mi secreto); pero yo no tengo valor para escribir de él ni siquiera una línea. Por otra parte, todo es espantoso. Nunca he podido pensar en todo lo que va á venir sobre los pueblos, y especialmente sobre Francia. Toda mi pena viene del Secreto.» (16 de marzo 1854).

«El corto, muy corto número, abraza la reforma del corazón, y se adhiere á la observancia de la ley divina; mas ¡ah! el mayor número permanece en el crimen y se hunde más y más en él..... Eduquen las madres cristianamente á sus hijos, pues el tiempo de las tribulaciones no ha concluido; y si manifestase el número y las cualidades, quedaríais asombrados.» (11 de setiembre 1870).

«Roguemos por nuestra Francia, á fin de que abra los ojos á la fe, y vea claramente que la causa de sus infortunios consiste en olvidar á Dios..... ¡Pobre Francia! ¡Pobre Francia! Será verdaderamente pobre Francia, si no se convierte y arrepiente de sus extravíos de veinte y tres años. No ha visto más que el principio de sus castigos, si se convierte sinceramente á Dios. ¡Oh! Parisienses: ¡cuán dura teneis la cabeza! ¡cuán débil es vuestra fe! Tolerais la estatua de Voltaire en medio de vuestra ciudad; y si el gobierno actual es todavía, bajo otro nombre, el gobierno de Napoleón, el fliaz, el ladrón y el idólatra, direis á nuestro dios Voltaire que os salve.» Melania habla después del Sumo Pontífice.....; anuncia para Italia terribles castigos; parece contar con un gran milagro para salvarnos. (15 de julio 1871).

«Parece increíble que los hombres tengan tan dura la cabeza. ; Se necesitara tal vez, que sean aplastados por los castigos de la justicia de Dios irritada, para que abran los ojos, y cambien su corazón?..... ¡Pobre Francia! ¡Pobre Francia! Tú no sabes que puedes ser triturada como el trigo bajo la muela de las venganzas de Dios..... Es inútil, al presente, hablar á los hombres; su obcecación ha llegado á su colmo; es preciso que Dios hable y les hablará; pero no pueden imaginarse de que modo..... Se necesita imponer á la tierra una reparación..... He escrito á Mr. Thiers, y le he dicho que quitase la estatua de Voltaire, erigida en Paris, y todo lo que no es de Dios ó para Dios. Si el gobierno no se convierte á Dios, y no hace

guardar sus mandamientos, los castigos que se han padecido, no son todavía nada (15 de agosto 1871). La estatua de Voltaire sigue erigida en Paris. Páreceme que el primero que Mr. Thiers hubiera debido hacer, era romper ese monstruo de la estatua. Pero ya lo comprendo; Voltaire es el Dios de la Francia. He escrito á Mr. Thiers: tanto peor para él y para Francia, si no obra como cristiano.» (23 junio 1871).

El secreto da Melania ha sido siempre para ella una pesada carga por razon de su contenido. Desde un principio, estaba triste por este motivo. Hablaba continuamente de los grandes castigos que habían de venir, y censuraba por ellos á su autor principal (1). Lo que acrecentaba especialmente su pena, era ver, que Francia no se convertía, y que su conversión era la condicion indispensable para desviar los castigos. «Los grandes infortunios vendrán, decía muchas veces, porque los hombres no se convierten, y únicamente su conversión puede preservarlos de los castigos.» Poco después de 1847 decía: «Dios comenzará por castigar á los hombres, enviando los castigos menos terribles, para que abran los ojos. Luego después se detendrá, ó á lo ménos por algun tiempo, se atendrá á estas primeras advertencias, á fin de dar lugar al arrepentimiento. Pero esas advertencias no serán aprovechadas. Entónces, Dios enviará castigos más grandes, con el propio intento, de conducirlos á la penitencia. Pero tampoco serán aprovechados. Al fin, como la gente no se convertirá, enviará males más terribles, sus mayores castigos.» Las plagas de que Melania ha hablado con mas frecuencia, son las guerras, el hambre, el derramamiento de sangre, los incendios, el saqueo de las ciudades, las revoluciones..... Melania escribia al abate Cloquet, misionero apostólico, en 20 de enero de 1872:

(1) «Napoleon es la causa de todas las revoluciones; conviene que se converta.» Palabras de Mons. Natali á Mons. Barbier de Montault en 1869.

El Ilustrísimo señor Obispo de Nimes dijo tambien, que el ex-emperador era el instigador principal de los males y de las persecuciones que, en estos últimos años, han venido sobre la Iglesia.

«Volviendo á amar al buen Dios y servirle fielmente, es como únicamente podrá repenirse nuestra pobre y miserable Francia, y apartarse del abismo en que ha caído, por haber querido sacudir el yugo de nuestra santa religión, abandonando al Vicario de Jesucristo. Discuta la Asamblea lo que quiera; conciba bellas esperanzas sobre Francia; todo será inútil; todo será hacer y deshacer, mientras no proclame, que Dios debe ser reconocido como Ser Supremo. *El que es, y que debe ser servido por todos los corazones, etc.*, etc. Si el gobierno no abre los ojos por deber y por amor á la verdad, entonces los abrirá por temor; pero ya será tarde. ¡Pobre Francia! ¡Pobre Francia! Pero esos hombres que gobiernan ahora la Francia, y quisieran, como Napoleón, destruir nuestra santa religión; esos hombres, repito, sean ignorantes voluntarios ó verdaderos ignorantes, tengan bien presente esta verdad: Que la iglesia de Jesucristo no perecerá jamás: Nuestro Señor Jesucristo, Verdad infalible, lo ha dicho. ¡Viva, pues, por siempre la Iglesia, y viva el Papa! Hay (aquí) muchas enfermedades, y la viruela es una verdadera plaga, etc.... ¡Dios es tan bueno! En los castigos que impone, procede con lealtad y suavidad; más ¡ah! nosotros somos tan obcecados y endurecidos, que con esto no abrimos los ojos; esperamos el gran castigo, que será como el diluvio universal, porque todos somos culpables: los buenos necesitan ser mejores, y los malos necesitan convertirse.... ¡Se ha quitado de París la estatua de Voltaire?»

En otra carta dirigida al mismo respetable eclesiástico, Melania dice, hablando de la parte del Secreto que dió para ser publicada: «El pensamiento está aún incompleto, porque el mundo no está dispuesto para recibirlo todo. Pues ya se me han suscitado muchas contradicciones por lo que tiene de claro, porque los malos tienen miedo de la luz, y la verdad les da estremecimiento. Roguemos por esas pobres almas.... Estamos en un tiempo, en que, si queremos contentar á los hombres, no contentaremos á Dios.»

XXIV.—Castigo reservado á París y otras ciudades.

«París será quemado, y Marsella será en-

gullida: varias grandes ciudades serán conmovidas y derruidas por terremotos, etc.» Otras profecías concuerdan con las de la Saleta:

1.º La profecía de Orval: «¡Ay de tí, gran ciudad! Aquí están los reyes armados por el Señor; pero ya el fuego te ha nivelado con la tierra, y, sin embargo, tus justos no perecerán; Dios les ha atendido. El lugar del pecado ha sido purgado por el fuego....»

2.º La profecía Cartujana, ó de Premol: «¡Ay, que el día se acerca! Los hombres y los pueblos están armados unos contra otros. ¡Guerra, guerra! ¡Guerras civiles! ¡Guerras extranjeras! ¡Qué espantosos conflictos! Todo es luto y muerte, y el hambre desola los campos. ¡Jerusalén, Jerusalén! Sálate del fuego de Sodoma, de Gomorra, y del anqueo de Babilonia. ¡Y qué! Señor, ¿vuestro brazo no se detiene? ¿no basta con el furor de los hombres y con tantas ruinas humeantes? ¿También los elementos han de servir á vuestra cólera? Deteneos, Señor, deteneos: VUESTRAS CIUDADES SE HUNDEN POR SÍ PROPIAS. ¡Gracia, gracia en favor de Sion! Pero mi entendimiento se oscurece; mis ojos se oscurecen á la vista de este *espantoso cataclismo.*»

3.º El P. Neckton dice: «París será destruido por completo; pero lo será de modo, que aparecerán antes señales que prevendrán á los buenos para que huyan. La destrucción será tan completa, que veinte años después, los padres todavía se pasearán con sus hijos sobre las ruinas. Para contestar á sus preguntas, les dirán: Hijo mío, aquí había una gran ciudad; Dios la destruyó á causa de sus pecados.»

4.º La Religiosa de Lyebel: «París perecerá; pero ellos dirán: «en París había subterráneos, y el fuego se introdujo en ellos; y se quedarán endurecidos. «La segunda ciudad del reino será castigada, y todavía no creerán. Será castigada la tercera ciudad, y entonces comenzarán á creer, y gracias que crean.»

5.º Una predicción encontrada en la *Correspondencia* del príncipe Hohenlohe: «París será destruida; el fuego que cayó sobre Sodoma y Gomorra, caerá sobre esta ciudad para destruirla; el cielo se unirá á la tierra; por espacio de tres días, París será sepultada bajo una lluvia de azufre, y no se

verán allí más que precipicios. Esta ciudad no se verá reconstruida jamás (1).»

6.º La Religiosa trapense: «Todo el mundo, le dijo Nuestro Señor, quedará asombrado al saber la destrucción de la más bella y soberbia ciudad. Y digo, soberbia, por sus crímenes; la tengo abominada. Ella ha envenenado á todas las naciones con su deshidada filosofía, que propaga á todas partes la impiedad: esta maldita Babilonia se ha embriagado con la sangre de mis santos, y todavía desea verterla. Ella pondrá el colmo á sus terribles maldades, y yo le haré beber el vino de mi cólera; todos los males caerán sobre ella á la vez, y, en un momento.... No oigo ya la voz, sino un ruido espantoso.... Una gran nube roja, de color de sangre de vaca, que cubría el cielo y se movía en todas direcciones, se dividió en cuatro partes, y cayeron éstas, á la vez, sobre la gran ciudad, y, en un instante, quedó incendiada. Las llamas que la devoraban, se remontaban al espacio; y poco después, no vi más que una vasta extensión de tierra, negra como un carbon.»

7.º Catalina Emmerich: «Creo ver una gran ciudad, que se había dado especialmente al vicio, y cuyo terreno está completamente minado. Un gran número de demonios completaban allí la obra de destrucción; su trabajo subterráneo estaba ya muy adelantado, y la ciudad me pareció próxima á hundirse en los sitios en donde se levantaban grandes edificios. Varias veces he llegado á pensar, que París estaba amenazada de una ruina inevitable.»

8.º El abate Souffran, párroco de Mannheim: «París será destruida; tan destruida, que pasarán los carros por encima de ella.» En otra copia de la misma predicción, se dice: «Tres grandes ciudades y cinco pequeñas, serán destruidas por completo.»

9.º Las quejas dirigidas por Nuestro Señor á María Lataste: «¡Oh París, ciudad execrable! Desde mucho tiempo tienes merecida mi indignación; y si no he enviado

(1) La misma Correspondencia, cita como destinadas á ser destruidas las ciudades de Lion, Ginebra, y otras tres más pequeñas, que no menciona; y esto, dice, sucederá en breve.

sobre tí las olas de mi cólera, es solo por efecto de mi misericordia. He detenido mi brazo vengador, ya dispuesto á caer sobre tí. He dejado de castigar á la multitud innumerable de pecadores, para no alcanzar á los justos. Tus habitantes te maldecirán algún día, porque tú los habrás inficionado con tu aire apesadado; y aquellos á quienes habrás dado asilo, te arrojaron su maldición, porque en tu seno habrán encontrado la muerte.» Esta humilde y santa hija tuvo también una vision relativa á esto mismo: «Un día, dice, vi al Angel exterminador que se cernía sobre la gran ciudad.... Parecía estar en una gran plaza de París. En medio de esa plaza, vi á un jóven en una pequeña columna. Vestía de color rojo; llevaba una diadema en la frente; tenía su espada envainada; y llevaba en sus manos un arco. Sus miradas eran penetrantes, y su boca estaba dispuesta á lanzar amenazas. Vi escrito sobre su cabeza, en caracteres de fuego: *El Angel exterminador.* A su vista, me sobrecogieron no sé qué sentimientos de temor, de dolor y compasion, y exclamé varias veces: Señor, conservad á París, salvad al rey. Permaneci durante mucho tiempo postrado delante de Dios, sin exhalar más que gemidos y súplicas.»

10.º San Cesáreo, arzobispo de Arles, [su gran profecía fué publicada por vez primera, en 1847, por el abate Trichard: «¡Horrible choque de armas! El hierro y el fuego destruyen la Babilonia de la Galia, que es devorada por un gran incendio, y ahogada en sangre. Después son destruidas la segunda ciudad del reino, y otra. Entonces brilla el rayo de la misericordia divina, pues la justicia suprema ha alcanzado á todos los malos.]

11.º Se atribuye al bienaventurado Benito Labre (Carla á Pio VI), y al santo párroco de Ars, haber anunciado también la ruina y la destrucción-completa de la capital de Francia.

12.º Isabel Eppinger, ó la estática de Niederbronn: «Terribles castigos amenazan á París, y hubieran esallado ya, si algunas almas piadosas no hubiesen obtenido su aplazamiento.»

El cumplimiento del terrible castigo que amenaza á París, encuentra su justificación en los crímenes y en el espíritu de impiedad, que, desde un siglo, la moderna Babilonia no deja de propagar por toda Eu-

ropa. «Las blasfemias contra la Redención, dice el Excmo. arzobispo de Malinas, derramadas por la prensa, como las aguas de un torrente, y, sobre todo, por la prensa de la gran ciudad, de la capital del mundo moderno: béla aquí tal como la vemos; la apostasia obliga a la justicia divina a castigar al mundo.... Dios es blasfemado, menospreciado, negado. No se desprecia impunemente a Dios: *Deus non irridetur*, sobre todo, cuando este pecado se generaliza, y tiende a convertirse en un pecado nacional.

Otras ciudades serán también castigadas: si Dios ha de emplear contra ellas tan terribles castigos, es porque serán partícipes del orgullo, de las rebeldías, de las blasfemias, y de la apostasia de la gran ciudad.

Se escribía últimamente (en febrero de 1872): «La Internacional está haciendo de la ciudad de Calvino, su capital y su plaza de armas. Los socialistas se organizan allí a la luz del día. El Dr. Mikú forma allí una asociación de libre-pensadores, cuyo objeto es trabajar en la propaganda de las desastrosas doctrinas de la Commune....» En *Lion las reladoras republicanas*, a las que las sociedades secretas, dan el horrible encargo de alejar al sacerdote de la cabecera de los moribundos, se establecen en diferentes parroquias.... No há muchos días, escribían también, que la policía de Marsella había averiguado, que un verdadero ejército de la Internacional se había dado cita en dicha ciudad, y que la presencia de esos hombres tan peligrosos, podía, de un momento á otro, ocasionar allí graves desórdenes, como en París los puede ocasionar la presencia de los que regresan de los pontones, donde los afiliados a las sociedades secretas, encuentran en este bajo fondo social los más poderosos medios de acción.

Por lo demás, esta apostasia tan general, estos terribles estragos causados por la prensa, este veneno de impiedad, este menosprecio de Dios, este olvido de los deberes más sagrados, este espíritu de vértigo y de loca libertad, que domina en todas las almas; todas esas leyes y esos gobiernos ateos ¿no es ya todo esto la imagen anticipada de lo que ha de suceder al advenimiento del Anticristo?.... Esas persecuciones, que en todos los pueblos se enseñan contra la santa Iglesia; ese tan cobarde abandono de las naciones católicas, relativamente á los derechos de la Santa Sede; ese

oscurecimiento de los entendimientos, esa desviación de las conciencias, que les induce á reconocer todos los hechos consumados, y las mas evidentes injusticias como un derecho en favor de los despojadores; ese servilismo, que se inclina cobardemente ante la fuerza bruta, y esto, no como una excepción, sino viniendo á formar el estado general de las naciones, aún de las cristianas; no es, acaso, una preparación para la dominación del que pretenderá derribar y destruir el reino de Jesucristo? El órden moral será trastornado tanto como el órden físico. Las insurrecciones, las guerras, los asesinatos, se simultanearán con el hambre, la peste, las enfermedades de las plantas y de los animales; serán los precursores del advenimiento del monstruo, así como esos volcanes cuyo ímpetu nunca fué tan grande, y esa espantosa tempestad anunciada, y esas destrucciones de ciudades, y esas tinieblas pestilenciales, que harán creer próximo el fin del mundo, ó una escena del juicio final. Esto fué lo que Nuestro Señor reveló á Maria Lataste; diciéndole: Haré despuntar en breve mi día (el día del juicio general), cuando ménos se pensará en ello, á pesar de todos los señales precursores que se darán en el cielo y en la tierra. Estas cosas sucederán, para que los pocos años de triunfo que han de preceder al advenimiento del Anticristo, sean bien empleados por los fieles, á fin de que, habiendo recibido del Altísimo estas solemnes advertencias, pasen esa breve tiempo en un piadoso temor, apresurándose á alcanzar la mayor perfección, y, sobre todo, preparándose para las persecuciones y el martirio.» Tal es, por otra parte, la advertencia que santa Mildegarda daba en el siglo XII á los católicos, que vivieren en nuestra época: «Esta revelación, dijo, ¡oh fieles servidores! merece toda vuestra atención. Por vuestro interés, estais obligados á tratar de comprenderla, á fin de que el gran seductor no os arrastre á la perdición, por decirlo así, sin que lo sepais. Armas previamente, y preparaos para el más temible de todos los combates (1).

(1) Los historiadores contemporáneos dicen, que san Francisco de Paula anunciaba esos acontecimientos para unos cuatro-

XXV.—Los Apóstoles de los últimos tiempos.

«Dirijo una apremiante excitación á la tierra; llamo á los verdaderos discípulos de Dios vivo y que reina en los cielos.... Llamo á los Apóstoles de los últimos tiempos.... Ya es hora de que salgan y vengan á iluminar la tierra....»

Después que la sociedad habrá sido purgada y castigada con espantosas plagas, entonces vendrá el tiempo de las grandes misericordias de Dios; los pueblos arrependidos, pedirán á grandes gritos á los pastores de la santa Iglesia, que les concedan el perdón de sus pecados. Como los castigos habrán sido universales, las naciones infieles, que habrán visto señales tan prodigiosas en la tierra y en el espacio, estarán dispuestas á escuchar, al fin, la predicación del Evangelio. La Iglesia necesitará un gran número de hombres apóstólicos, para enviarlos por toda la tierra, y recoger la inmensa cosecha, cuya sazón Dios ha apresurado por uno de los más admirables efectos de su misericordia. La Santísima Virgen pide una legión de Apóstoles. Apóstoles por su vida pobre, penitente, mortificada; humildes, por su vivo celo, dispuestos á sacrificarse completamente para la salvación de las almas y la mayor gloria de Dios. Los habitantes de nuestro país, dice Maria Bustelle, en vez de adorar á Dios, en su mayor parte, no adoran sino á los placeres, la vanidad, y, sobre todo, el dinero. Los países infieles no lo son más que el nuestro, donde se oyen en todas partes las más horribles blasfemias, y se profanan los días santos.... El torrente de la impiedad está asolando la mayor parte de Francia.... Pidamos, y pidamos sin tregua, que el Señor envíe operarios para cultivar su campo espiritual y recoger la cosecha.... ¡Ah! ¿Cuánto necesitaríamos una legión de Apóstoles para convertir á todo un mundo de infieles! ¡Ah! La mayor parte de los cristianos ¿son acaso algo más que infieles, prescindiendo del bautismo cuyos compromisos olvidan?.... Parece, que los sa-

cientos años después de su muerte (que ocurrió en 1507), es decir, para la época actual. (El P. Maria Antonio.)

cerdotes pueden ser hombres omnipotentes por medio de la oración y del santo Sacrificio, que ofrecen cada día. ¿Qué puede negarles Jesucristo?—Hé aquí cuales eran (desde 1840) las disposiciones y los deseos de esa gran sierva de Dios. Sus deseos tendrán, pues, en un tiempo no lejano, su feliz realización.

Los Apóstoles de los últimos tiempos tendrán, pues, que desempeñar dos grandes misiones. La primera, será la de conquistar para Jesucristo, todas las naciones de la tierra; la segunda, más difícil que la primera, será la de oponerse á los persecuciones y á los furores del Anticristo; y confirmar en la fe por su santa vida y por sus predicaciones á los fieles de aquellos tiempos, tan peligrosos y temibles. En este último período de la Iglesia, tendrán por jefes y maestros á Elias y Enoch, que, á fuer de intrépidos héroes, barán abiertamente la guerra á ese monstruo de impiedad, y defenderán en todas partes la causa del verdadero Dios.

Un gran número de Santos han tenido revelaciones sobrenaturales, relativamente á la santidad de los Apóstoles, que Dios tiene reservados para los últimos días de la Iglesia, á fin de suscitarle hijos nuevos, en número inmenso, para procurarle un esplendor y una gloria, que nunca ha conocido en épocas anteriores. Algunos no han tratado de este punto sino con gran regocijo; tales son san Francisco de Paula, san Vicente Ferrer, santa Catalina de Sena, la beata Espirito de Jesús, san Vicente de Paul, y otros.

Mr. de la Chetardie, en su *Retiro para los ordenandos*, dedica un capítulo entero á los Apóstoles de los últimos tiempos de la Iglesia. Vamos á citar algunos párrafos:

«Es preciso observar, que las persecuciones de los últimos tiempos de la Iglesia, serán incomparablemente mas terribles que las de los primeros tiempos; que el Anticristo atacará la fe de un modo mucho más peligroso del que lo fué en los tiempos de Nerón; que unirá el ardid á la fuerza, la seducción á la violencia; y que la persecución que ejercerá contra la Iglesia, que entonces estará cercana á sus últimos tiempos, excederá en mucho á los del imperio Romano idólatra contra la Iglesia naciente; que, por otra parte, la luz de la fe será oscurecida en la tierra, y se habrá entibado